

El ΛΟΓΟΣ de Deyoces (Heródoto I 95-102)

Natalia Palomar

1. *En el umbral de un relato*

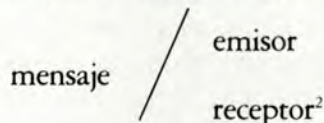
La historia de Deyoces, el primer rey medo, se nos ofrece como unidad narrativa interesante, enmarcada por sendas consideraciones de Heródoto. La primera hace referencia al λόγος, su discurso, que llegado a este preciso lugar y momento —ha explicado la derrota de los lidios frente a los persas—, reclama una disquisición sobre Ciro y los persas, cómo se hicieron respectivamente con el poder:

Ἐπιδίξηται δὲ δὴ τὸ ἐνθεῦτεν ἡμῖν ὁ λόγος τὸν τε Κῦρον ὅστις ἔων τὴν Κροίσου ἀρχὴν κατεῦλε, καὶ τοὺς Πέρσας ὅτεω τρόπῳ ἠγήσαντο τῆς Ἀσίης (I, 95).¹

Esta solicitud del relato se orienta claramente hacia la figura del autor, que incorpora en una primera persona del plural al receptor de la narración (ἡμῖν). Así, en el esquema

λόγος / ἡμῖν

se definen unas posiciones que en términos generales podemos reconocer como



1. Obsérvese el protagonismo del λόγος (sujeto de ἐπιδίξηται), caracterizado aquí por su talante inquisitivo (cfr. IV 30). En cuanto a lo que se anuncia, va a ser efectivamente relatado, y Heródoto señalará el final con la fórmula recapitulativa correspondiente: οὕτω δὴ Κῦρος γενόμενός τε καὶ τραφεὶς καὶ ἐβασίλευσε καὶ Κροῖσον ὕστερον τούτων ἀρξάντα ἀδικίης κατεστρέψατο, ὡς εἰρηται μοι πρότερον. τοῦτον δὲ καταστρεψάμενος οὕτω πάσης τῆς Ἀσίης ἤρξε. (I 130)
2. Esta primera persona del plural es una de las formas en que el receptor tiene ocasión de reconocerse. En determinados pasajes, Heródoto se dirige expresamente a él como segunda persona del singular; así, entre el ἐγὼ del autor y este σύ con el que puede identificarse cualquier persona que siga la narración, se establece

También hemos de notar la distinción entre el presente que precisa un momento dado de la evolución del discurso (ἐπιδίξεται, τὸ ἐνθεῦτεν) y el pasado que evoca los sucesos que acontecieron en otro tiempo. Tenemos, pues, identificadas, las claves del acto de comunicación que las *Historias* suponen, y la clave de un doble movimiento temporal.

La siguiente consideración presenta a Heródoto como escritor (γράφω) que ha optado entre diversas tradiciones por la que ofrece más visos de autenticidad: se atiene a lo que explican ciertos persas que λέγουσι (βουλόμενοι) τὸν ἔοντα λέγειν λόγον. La historia real, la historia «que es», tal cual, en lugar de encubrirla por encumbrar al personaje, como hacen otros (μὴ βουλόμενοι σεμνοῦν). Estas alternativas se plantean en términos espaciales: las otras versiones son «camino de palabras» (λόγων ὁδοῦς) y Heródoto se dispone a «seguir» la que ha escogido (κατὰ ταῦτα γράφω).³ Advertimos que se añade un dato a la clave temporal de que antes hablábamos, puesto que se anuncia algo a realizar en un futuro inmediato. Y además se confronta el discurso de Heródoto con otros tantos, respecto a los que en parte se opone y en parte se adhiere. Por ejemplo, él dice en primera persona «escribiré», mientras que los demás «dicen»; él pretende algo auténtico mientras que hay quien lo magnifica. Pero no todo son contrastes: Heródoto «sigue» determinada versión, y nos informa con satisfacción de que «sabe» contar otras tres, de lo que se infiere que le han merecido un interés... Por lo tanto el acto de comunicación a que antes aludíamos se torna más complejo al darse en relación con otros actos de comunicación —lo que solemos llamar «fuentes»— en los que Heródoto ha participado como receptor.

A continuación, entramos en el relato propiamente dicho, que va al encuentro de la primera cuestión (τὸν τε Κῦρον ὅστις ἔων τὴν Κροῖσου ἀρχὴν κατέϊλε) a través de la historia de los medos, cuyos reyes, como se verá, constituyen la ascendencia de la madre de Ciro. Heródoto empieza por constatar una situación en el espacio y en el tiempo: la dominación asiria en el Asia del interior durante quinientos veinte años. Se dice τῆς ἄνω Ἀσίας, desde el punto de vista griego que ve la necesidad de ascender desde la costa, «Asia arriba»; y el tiempo de quinientos veinte años se considera en relación con el momento en que esta situación cambia, al presentarse la primera acción positiva que va a alterar el estado de las cosas: los medos empiezan a sublevarse, y a continuación los demás pueblos.

En función de esos hechos, se invierte en cierto modo la situación, y en lugar del imperio, aparecen los pueblos libres:⁴

un diálogo y unas relaciones de reciprocidad que hacen converger a ambos interlocutores en un ἡμεῖς. Sobre toda esta problemática, cfr. «La imagen del público», en N. PALOMAR, *Imágenes y figuraciones del λόγος de Heródoto*, Barcelona 1985, tesis no publicada, pp. 100-169.

3. Esta metáfora, de resonancias homéricas (οἶμαι ἀσιδῆς *Od.* VIII 72, 481; XXII 347) y pindáricas (ὀδὸν λόγων *Ol.* I 110), ilumina todas las ocasiones en que Heródoto se refiere al λόγος como si se tratara de un espacio por el que él se desplaza. Cf. «Carreteras de Heródoto», N. PALOMAR, *op. cit.*, pp. 37-64.

4. H. WOOD señala lo significativo del hecho: «The liberation of Media is the condition of its power, and more generally, of its intransigent history: for the defense or acquisition of freedom is also a great ἔργον to

Ἀσσυρίων ἀρχόντων —————> Μῆδοι (...) ἐλευθερώθησαν
 Inmediatamente, esta situación resultante se presenta a su vez como situación
 previa de la que será su inversa:

έόντων δὲ αὐτονόμων

αὐτίς

ἐς τυραννίδας ←—————

Además del paralelismo sintáctico, observemos cómo se marca la repetición en base al adverbio αὐτίς, que clasifica en una misma categoría la dominación de los asirios y esta tiranía de la que ahora se habla. Por otra parte, la repetición se figura en cierto movimiento circular, sugerido por el verbo περιῆλθον.

2. Primera parte: el deseo

El cómo se da esta segunda inversión de vuelta a la tiranía (ᾧδε), es lo que constituye propiamente la narración que nos interesa: la historia de Deyoces. En efecto, así como dada la primera situación se había destacado un pueblo entre los demás, los medos, como agente para provocar el vuelco de la misma, así dada la segunda se destaca un nuevo sujeto, esta vez una sola persona:

ἀνὴρ ἐν τοῖσι Μῆδοισι ἐγένετο σοφὸς τῷ οὐνομα ἦν Δηϊόκης, παῖς δὲ ἦν Φραόρτεω (I 96).

Empieza, pues, Heródoto poniendo un hombre en escena (ἀνὴρ), caracterizado lo primero por su inteligencia, y seguidamente por su nombre y filiación. Estos pocos datos bastan para dar consistencia ya al personaje en nuestra imaginación, así que el narrador puede señalarlo con una expresión formular, οὗτος ὁ Δηϊόκης,⁵ para poner en marcha la historia: ἐρασθεῖς τυραννίδος ἐποίησε τοιάδε.

Como en el caso de Candaules, el móvil aparece en forma de pasión: el lido, por su propio mujer; este miedo, por la tiranía. Tal deseo le lleva a actuar de una determinada manera, τοιάδε, que es lo que abre la siguiente compuerta del relato. Relato que por cierto, continúa articulándose como desde el principio: describe una situación en la que // se destaca la acción de un sujeto / a veces complementada por una circunstancia personal. Veámoslo:

a) dado que los medos vivían por aldeas // en la suya Deyoces se aplica a practicar la justicia

be saved from obscurity. A nation has no history when it is enslaved, just as man has no personality if he is a slave (...). History can begin with liberty (as the history of Persia starts with liberation from Medic rule); conversely history can end with enslavement: thus Lydian history viz., continuous discourse concerning Lydia, terminates with Cyrus capture of Sardis.» (*The Histories of Herodotus*, The Hague 1972, pp. 35-36).

5. Cfr. I 6, al comienzo del λόγος de Giges y Candaules; I 31, 34, etc.

b) dada la anarquía // lo hacía especialmente / sabedor de que lo injusto es enemigo de lo justo

A estas escenas protagonizadas por Deyoces, sigue el contrapunto de otra que viene a ser la acción-respuesta (Deyoces estimula) de los medos:

c) viendo su comportamiento // le eligen como juez

Volvemos a enfocar la actuación de Deyoces:

d) pretendiendo el poder / perseveraba en la justicia y

e) actuando así / obtenía elogios

y encontraremos la acción-respuesta de los medos:

f) enterados de su rectitud / acudían a él

antes defraudados / acudían entonces a él, al final exclusivamente a él

Los resultados son los siguientes:

a)	d)	c)	→	Deyoces nombrado juez
d)	e)	f)	→	Deyoces como único juez.

Hasta aquí se ha descrito la actuación de Deyoces en base a la justicia, que le comporta un papel cada vez más importante: de ser un objetivo personal (δικαιοσύνην), y tener conciencia de su naturaleza (τῷ δίκαιῳ τὸ ἄδικον πολέμιον ἔστι), pasa a ser su profesión (δικαστήν), su distintivo (δίκαιος), su ejercicio (δικάζω) al que todos se prestan (δικασόμενοι), dada la calidad de sus juicios (δίκαας). Con toda naturalidad va abriéndose este abanico de términos relacionados con el tema central de la justicia, que va ligada a la noción de rectitud: Deyoces merece el calificativo de ἰθύς y así se conduce: κατὰ τὸ ὀρθόν. Conforme a esta postura, se endereza el movimiento de los demás, que se dirigen a él (ἐφοίτων), evitando movimientos en falso (πρότερον περιπίπτοντες, οὐδενὶ ἄλλῳ ἐπετρέποντο).

De todos modos, la profusión de léxico sobre la justicia no debe ocultarnos cómo se han prolongado aquellos dos primeros rasgos que definían al personaje: si se le presentó como σοφός, ahora comprobamos su clarividencia (ἐπιστάμενος);⁶ si se trató de su pasión por el poder en los términos en que se habla del amor erótico, ahora se dice que lo pretende (μνώμενος), como si se tratara de conquistar a una mujer. Por otra parte, sigue funcionando la polaridad

Deyoces / los demás

y éstos

se procuran una relación con él, que capta progresivamente su atención; todos sus sentidos e intereses están puestos sobre él (ὀρῶντες, ἤκουσαν, αἰρέοντων, πυνθανόμενοι). Además de esta articulación entre uno y otros, la

6. Antes hemos leído σοφός como «inteligente», y su habilidad mental es manifiesta a lo largo de la historia; pero también conviene considerarlo «sabio» a la luz de esta referencia a su conocimiento de la sabiduría tradicional, expresada en el típico proverbio: «lo injusto es enemigo de lo justo».

singularidad de Deyoces viene reforzada por el aserto de que era único (εἷη ἄνθρωπος μόνος) y la exclusión de cualquier competidor (οὐδενὶ ἄλλῳ).⁷

Esta primera parte de la historia de Deyoces, de tan sutil entramado, es llevada por Heródoto a una situación límite, marcada de varias maneras: por la referencia a un final (τέλος δὲ) y por las expresiones en términos absolutos: a «nadie» sino a él se dirige la gente, «todo» depende de él. En tan especialísimo caso, el pensamiento o conciencia de Deyoces le lleva a actuar en un sentido insólito: se niega a actuar. Así pues, la situación a la que se había llegado, en la que Deyoces administraba justicia en rigurosa exclusividad, hace crisis manifiesta, y, a partir de este momento, todo se formula en clave negativa:

Deyoces no se sentará donde antes a administrar justicia
no juzgará más
pues no puede dedicarse a sus asuntos, de tanto juzgar.
οὔτε καθίζειν ἦτι ἤθελε ἔνθα περ πρότερον προκατίζων
ἐδίκαζε,
οὔτ' ἔφη δικᾶν ἔτι
οὐ γάρ οἱ λυσιτελέειν τῶν ἑωυτοῦ ἐξημεληκότα τοῖσι πέλας
δι' ἡμέρης δικάζειν (I 97).

Dada la situación negativa que resulta de los «no» precedentes (ἀνομίας), se reúnen los medos para constatar que así es imposible vivir. En esta parte crítica del relato se intercala el único discurso directo, que escenifica vivamente el momento: a la tajante protesta del principio,

Οὐ γὰρ δὴ τῷ τρόπῳ τῷ παρεόντι χρεώμενοι δυνατοὶ εἶμεν οἰκέειν τὴν χώραν,
sigue la interjección que anima a una reacción:

φέρε, στήσωμεν ἡμέων αὐτῶν βασιλέα,

para que se anule la situación negativa:

οὐδὲ ὑπ' ἀνομίας ἀνάστατοι ἐσόμεθα.

Se trata entonces de elegir un rey, y ahí está a punto la fama del protagonista:

Δ. πολλὸς	/	
καὶ προβαλλόμενος	/	ὑπὸ παντὸς ἀνδρὸς
καὶ αἰνεόμενος	/	

que, efectivamente, es elegido. Deyoces ha conseguido el título de monarca.

Además del recurso al discurso directo en este episodio, notaremos otra peculiaridad en la irrupción de la figura del narrador, que hace un comentario sobre su parecer: ὡς δ' ἔγωγ' ἰδοκέω. Al contarla, Heródoto se representa la historia que le han contado⁸ y tiene la impresión de percibir por su parte tal o

7. Notemos cómo en un momento dado Heródoto se refiere a los habitantes de la aldea como πολιητέων; es usual en la obra que se aplique este término por extensión a formas de población diversas del modelo de la ciudad.

8. Ph.E. LÉGRAND aboga por una fuente medea, a la que apunta la expresión Περώων μετεξέτεροι (I, 95) *Hérodote. Histoires*, com. al libro I, París 195, p. 106.

cual detalle; por ejemplo, en este caso, que fueran precisamente los amigos de Deyoces los que llevaban la voz cantante. Tan vivamente se representa la escena de la junta, que la reproduce «en directo» —en discurso directo, quiero decir.

En cuanto al «tempo» de la narración, observemos que el ascenso de Deyoces se retrata desde un principio como algo laborioso: hay un esfuerzo progresivo (προθυμότερον) y un ejercicio continuado (ἤσκαε), toda una perseverancia reflejada en repeticiones e imperfectos (ἐποίεε bis, ἦν, ποιέων, εἶχε). Por parte de los demás, también la cosa lleva su tiempo, cuya pauta se marca (πρότερον, ἐπιτετε, τέλος), pero que tiene una continuidad: πλεῦνος δὲ αἰεὶ γινόμενου τοῦ ἐπιφοιτέοντος. También la negativa de Deyoces se prolonga (οὐτι ἔτι ἦθελε, οὐτ' ἔφη), y él mismo enfatiza lo absorbente de su pasada ocupación, que le llevaba el día entero: δι' ἡμέρης. Ascenso moroso, crisis prolongada y al fin, una acción puntual: la reunión de los medos. Y la conversación, que ya lleva un cierto tiempo (ἐδίδοσαν σφίσι λόγον, λέγοντες, ἔλεγον) y cuyo resultado se figura en presente: se convencen de la necesidad de un rey y lo eligen (πεῖθουσι, καταινέουσι). A esta ilusión de tiempo presente coadyuva el discurso directo al que antes nos hemos referido; el momento es decisivo en la historia: el tipo se había propuesto hacerse con el poder y le están nombrando rey! Merece la pena enfocar de cerca la escena, y el tiempo presente del verbo sirve a tal efecto.

3. Segunda parte: la realidad

Entramos ahora en la segunda parte de la historia, en que asistimos a la realización en múltiples aspectos —pero bien trabados— de este nombramiento logrado por el protagonista. Aquí la articulación fundamental será la siguiente:

Deyoces manda / los medos obedecen

En primer lugar, ordena (ἐκέλευε) que le construyan una casa digna de su real condición y que se le consolide con una guardia. Que lo hacen (ποιεῦσι) se explica, poniendo énfasis en el ámbito de su poder: señala para la construcción un punto de (todo) el país, escoge una guardia entre todos los medos, que viven dispersos.⁹ La mansión (μεγάλα) se hace espejo de ese gran poder que ejerce mediante decisiones; en esta parte del relato, sus deseos son órdenes (ἔφρασε, καταλέξασθαι).

El pasaje entero gravita sobre la persona del nuevo rey: la mansión y la guardia, ἐωυτῶ; consolidarle: αὐτόν; escoger, αὐτός. Yo-me-mí-conmigo parece ser la preocupación más inmediata de Deyoces en esta circunstancia de la toma del poder. Por cierto que el motivo de la casa y su especial ubicación

9. «The symbol of his power were his men at arms», H. WOOD, *op. cit.*, p. 38.

ya figuraba en negativo en la primera parte de la historia, al final: cuando Deyoces se niega a seguir sentado donde hasta entonces. Esto se dice de manera un tanto enfática:

οὔτε καθίζειν ἔτι ἠθέλε ἔνθα περ πρότερον προκατίζων ἐδίκασε (I 97).

Del tono se infiere por una parte lo altivo del gesto, y por otra lo significativo que resulta un espacio determinado para una persona. Porque el espacio define la posición, la posición social.

En segundo lugar, puesto que tiene el poder (ἀρχήν), obliga a los medos (ἠνάγκασε) a construir una ciudad y dedicarse a ella en detrimento de lo demás. La exclusividad procurada para él, se transfiere a esta ciudad que se hace a imagen del rey. Tamaño y fuerza, ya implicados en la mansión (μεγάλα τε καὶ ἰσχυρά) y en la guardia (κρατύναι), recurren para caracterizar esta ciudadela: μεγάλα τε καὶ καρτερά. Por otra parte, la denominación de πόλισμα conviene al carácter fundacional y remoto de esta ciudad tan singular.¹⁰

La referencia a la fortaleza continúa con una indicación de Heródoto que va a dar un giro inusitado al relato: la estructura narrativa hasta aquí vigente confrontaba la iniciativa del rey, una orden evocada en pasado, y la respuesta de su pueblo, como signo de inmediatez:

ἐκέλευε ποιεῦσι δὴ ταῦτα

ἠνάγκασε ... οἰκοδομῆει τείχεα

Pero en este punto se incorpora un elemento nuevo: τὰ νῦν Ἀγβάτανα κέκληται. Heródoto menciona el nombre de esa ciudad de la historia que está contando como algo perteneciente al mundo en que se mueven su auditorio y él mismo: τὰ νῦν Ἀγβάτανα κέκληται. A partir de estas palabras, la descripción se desentiende de las consabidas fórmulas (μεγάλα τε καὶ ἰσχυρά, μεγάλα τε καὶ καρτερά) y se ofrece como documento de plena actualidad. La expresividad del lenguaje es manifiesta: al nombre evocador de Ἀγβάτανα sigue una aposición con visos de adivinanza:

ἕτερον ἐτέρῳ κύκλῳ ἐνεστεῶτα, «un círculo metido en otro», ¿qué es? Heródoto no defrauda nuestra intriga, pues pasa a describir la fortaleza no tanto como construcción, sino como un auténtico ingenio (μεμηχάνηται), que evidentemente se hace eco de la perspicacia manifestada por Deyoces en todas sus actuaciones. El caso es que cada círculo sobresale del otro por las almenas, y al respecto nota Heródoto dos factores: la naturaleza del lugar escogido, que es una colina, y, sobre todo, el artificio. Esto se dice como un auténtico juicio de valor— Heródoto parece estar viendo la fortaleza:

τὸ μὲν κού τι καὶ τὸ χωρίον συμμαχῆει κολωνὸς ἑὼν ὥστε τοιοῦτο εἶναι, τὸ δὲ καὶ μᾶλλον τι ἐπετηδεύθη (I 98).

10. Otros contextos de πόλισμα: los descendientes de los pelasgos (I 57), los jonios en su peculiaridad respecto a Atenas (I 98, 143); los asirios (I 178)...

La hubiera visto o no,¹¹ dejemos operar la sugestión de realidad de sus palabras.

En otro orden de cosas, es importante reseñar que si de entrada se presenta la relación de los círculos en términos de estar metidos uno dentro de otro, a continuación se comparan en función de su altura, y resulta que cada cual se eleva sobre el anterior (ύψηλότερος). En el último —el más alto— estará el palacio del rey, que retrata su vocación de superior al escoger la colina y, a la manera de un dios-rey, instalarse en la cima. También podemos evocar en ese sentido la postura sedente que connota majestad y que era ya la habitual de Deyoces como juez.

A continuación nos da Heródoto el número de los círculos, siete, y los considera en relación a los dos extremos: el que es último, puesto que se accede a él al final, contiene el palacio y el tesoro; el que es mayor, tiene una magnitud aproximadamente como el muro de Atenas. Es curioso observar cómo la polaridad se presenta en términos que no son de rigurosa oposición:

τελευταίῳ	/	μέγιστον
/		/
(πρώτῳ)		(μικρότατον)

sino que resultan complementarios a la hora de reflejar aspectos del monarca, puesto que la fortaleza se hace espejo del mismo. Así resulta tan positiva la consideración de «final», por el hecho que implica de destacarse, como la de «grande», de toda evidencia. A esta presentación se añade el interés de comparar el círculo mayor con el circuito de Atenas, con lo que se presta al auditorio un punto de referencia para que sea capaz de representarse la ciudad en cuestión.¹²

Seguidamente, la descripción recorre los círculos en la serie que marcan los ordinales, desde el primero hasta el quinto, volviendo al calificativo τελευταῖοί para referirse a los dos últimos. El movimiento esta vez es, pues, inverso al que antes pasaba —de un salto— del centro a la periferia: ahora se avanza gradualmente de la periferia al centro. Y la sorpresa consiste en apreciar que cada fila de almenas luce un color diferente: blancas, negras, escarlata, azules, naranja, plateadas y doradas. Los colores van estallando de uno en otro, en la sonoridad de unas palabras que evocan el resplandor de aquellos ladrillos, seguramente de cerámica vidriada, seguramente símbolo de los planetas:¹³

11. Ph.E. LÉGRAND insiste en lo fantasioso de la descripción: «que je suis tenté d'attribuer à un fanfaron arhénién» (ibidem, pp. 110, 127).

12. Los comentarios advierten sobre la dificultad de concordar este dato con los de Tucídides (perímetro defensivo de Atenas excepto Muros Largos y Pireo, 60 estadios, unos 10,5 Km.; II 13, 7) y Diodoro (perímetro de Ecbatana, 250 estadios; XVII 110, 7); es posible que Diodoro incluya el entorno de esta acrópolis (dice Heródoto que περίξ se asentó el pueblo, τὸν ἄλλον δῆμον I 99).

13. «Die sieben Farben sollen denjenigen entsprechen, welchen in der orientalischen Astrologie den sieben Planeten beigelegt werden.» Comentario de H. STEIN, *Herodotos Erklärt*, Berlín 1962, vol. I. Es interesante al respecto comparar este pasaje con la descripción de las esferas celestes en el mito de Er: οὐκὼ γὰρ εἶναι τοὺς σύμπαντας σφονδύλους, ἐν ἄλλήλοις ἐγκειμένους, (...) καὶ τὸν μὲν τοῦ μεγίστου ποικίλον, τὸν δὲ τοῦ ἑβδόμου λαμπρότατον, τὸν δὲ τοῦ ὀγδοῦ τοῦ χρώμα ἀπὸ τοῦ ἑβδόμου ἔχειν προσλάμποντος, τὸν δὲ τοῦ δευτέρου

τοῦ μὲν δὴ πρώτου κύκλου οἱ προμαχεῶνές εἰσι λευκοί, τοῦ δὲ δευτέρου μέλανες, τρίτου δὲ κύκλου φοινίκειοι, τετάρτου δὲ κυάνεοι, πέμπτου δὲ σανδαράκινοι (I 98).

Nos encontramos ante una descripción única en las *Historias*, el pasaje en que se acumulan más colores. Herótodo suele ser parco en sus referencias cromáticas; aparte de la polaridad blanco-negro, que funciona con frecuencia (II 76; III 101, 28), pocas veces se asocian los colores: en la descripción del ave fénix, plumas de oro y fuego (χρυσόκομα καὶ πυρρά II 73); en la de la raza de los budinos, pelirrojos de ojos zarcos (γλαυκόν ...καὶ πυρρόν I 108); en un oráculo de la Pitia: pritaneo y ágora blancos, heraldo rojo ... por el almagre (λευκά, λευκοφρῦς ἐρυθρον, μιληλιφέες III 57-58); refiriéndose a la sal de un río de Libia, blanca y púrpura (λευκός καὶ πορφυρεύς I 185), a las tierras de Egipto y Libia, negras y rojas (μελάγγαιον, ἐρυθρότερον II 12); y el oro y la púrpura reales (I 50; III 20, 22). Por lo demás, los toques de color aparecen sueltos y son escasos: φοινίκεος se dice tres veces de ropajes (II 132; VII 76; IX 22), asimismo πορφυρεύς (I 50, 152; III 20, 22), y una vez πυρρός (III 139); otro tono de rojo se presenta μῖλος y el verbo correspondiente μιλοῦμαι, puesto que los libios maxies se pintan de bermellón (IV 191, 194). Herótodo dice ποικίλος de las serpientes variopintas (III 107), y de cierta piedra (II 127). Añadamos los topónimos (Μέλας κόλπος, Ἐρυθρὴ θάλασσα, ἄκτῃ Λευκῇ, αἱ Κελαίναι), alguna raza (Μελάγγλαινοι, Ξάνθιοι), algún nombre propio (Ροδῶπις, Ξάνθης, Μελάμπους) y sólo restan unas cuantas notas más de blanco, negro, oro y plata. Y en verde, aquella espiga envuelta en rizos por los muchachos en el ritual de Delos (χλοή, IV 34).¹⁴

Hay que reconocer, pues, la singularidad del pasaje en este aspecto y apreciar la delicada forma en que se cierra la relación de colores antes de pasar a lo que es plata y oro. Al explicar que οὕτω πάντων τῶν κύκλων οἱ προμαχεῶνες ἠνθισμένοι εἰσι φαρμάκοισι, Herótodo escoge la palabra ἠνθισμένος, del verbo ἀνθίζω, que sugiere acertadamente la imagen de la flor: los círculos tienen algo de guirnaldas, algo de cáliz y corola. Ese algo es principalmente el color, como se precisa con la mención de los pigmentos (φαρμάκοισι);¹⁵ pero

καὶ πέμπτου παραπλήσια ἀλλήλοισι, ξανθότερα ἔκεινον, τρίτον δὲ λευκότερον χρῶμα εἶναι, τετάρτον δὲ ἐπέρυθρον, δεύτερον δὲ λευκότερον τὸν ἕκτον. (Plat., *Rsp.* 616e) F.M. CORNFORD nos da las correspondencias de los planetas para cada esfera (en las extremas quedan el Sol, la Luna y las estrellas fijas): «The names of the planets are given in the *Epinomis* (...): Aphrodite (Venus), Hermes (Mercurius), Ares (Mars), Zeus (Jupiter), Kronos (Saturnus). It is there implied that the Greeks took their names from the Syrians, substituting for Syrian Gods Greek Gods identified with them.» *The Republic of Plato*. Translation, Oxford, 1966 (1942).

14. Sobre la percepción de los colores, cf. L. GERNET. «Nomination des couleurs chez les grecs», en I. MEYERSON (ed.), *Problèmes de la couleur*, París 1957, pp. 316-324, y E. IRWIN. *Colour terms in Greek poetry*, Toronto 1974.

15. Incluso se nos informa de la identificación de βάφος (tintura), ἄνθος y φάρμακον, a partir de un fragmento de Sófocles [1109 (1004) RADT]: φαρμακῶνες: Hsch. 184 SHMIDT φαρμακῶνες: τὰ βαφεῖα, διὰ τὸ τὰ βάμματα φάρμακα καλεῖσθαι, Poll. 7, 169 (2, 98, 22 BETHE) καὶ τὰ χρώματα καὶ βάμματα καὶ ἄνθη καὶ φάρμακα, καὶ τὸ ἐργαστήριον, ἵνα τοῦτο γίνεταί, φαρμακῶν.

también la forma, la manera de abrirse guardando en el centro lo más precioso, resultan afines tratándose de *Ἀγβάτανα* o de una flor.¹⁶

A continuación se refiere a los dos últimos círculos, cuyas almenas están tratadas de otra manera: *καταργυρομένους, καταχρυσομένους*. Aquí se destaca sobre el color el hecho de que están revestidos de tan nobles metales: plata, y sobre todo, símbolo de la realeza, oro. Además, hay que advertir que la expresión contiene el verbo *ἔχω*, la posesión, un aspecto del poder: esos círculos *τι ἐν ἐν* efectivamente baluartes de oro y plata. En cambio cuando se trata de las simplemente coloreadas, el término *φαρμάκοισι* evoca la noción de metamorfosis, de artificio, de disfraz. Con fármacos actuaban Circe, por ejemplo, y sin salir del propio texto de Heródoto, ahí está el manto purpúreo que Cambises envía al rey etíope, despertando su suspicacia:

λαβὼν δὲ τὸ εἶμα πορφύρεον εἰρώτα ὃ τι εἶη καὶ ὅπως πεποιημένον. εἰπόντων δὲ τῶν Ἰχθυοφάγων τὴν ἀληθεῖν περὶ τῆς πορφύρης καὶ τῆς βαφῆς, δολεροῦς μὲν τοὺς ἀνθρώπους ἔφη εἶναι, δολερά δὲ αὐτῶν τὰ εἶματα (III 22).

Si semejante malicia todavía no es patente en el caso de Deyoces, no tardará en despuntar...

Se cierra la descripción de la fortaleza recuperándose la instalación en el tiempo pasado (*ἔτείχεε*), y con una nueva propuesta de distribución espacial, acorde con la figura del círculo que impone la nueva construcción: la mansión de Deyoces en el centro de la fortificación, el pueblo fuera y alrededor: *πέριξ*.

Hasta aquí, las órdenes que apuntaban principalmente a realizaciones materiales; a continuación se explica el orden (*κόσμον*) que instituye Deyoces. De hecho, las prohibiciones que se interponen entre la gente y el rey como murallas: que nadie entre, que nadie lo vea: el acceso a él supone una travesía que han de efectuar mensajeros; que nadie ría¹⁷ ni escupa en su presencia. Heródoto interpreta estas consignas, que tienen su razón de ser. De entrada, las trata en términos de *ἔσέμνωε*, palabra que ha usado con matiz peyorativo en las frases que preludian este *λόγος* de Deyoces¹⁸; y a continuación revela que el móvil del rey es un temor (*μη...*): no vayan a atentar contra él si le ven como a un igual. Por una vez se está desdiciendo la polaridad Deyoces / los demás: hay que contar con sus compañeros (*σύντροφοι*), gente de su edad (*ὁμήλικες*), de su condición (*οἰκίης οὐ φλαυρότερης*) y de su calidad moral

16. El cariz poético de la palabra griega *ἀνθίζω* se muestra en el uso que hace Sófocles de ella: Orestes alude con delicadeza y un punto de triste ironía al aspecto de su ayo, a su cabeza cana, conñado en que no le reconocerán: (...) *οὐδ' ἵποπτεῦσουσιν ὠδ' ἠνθισμένον* (*El.* 43).

17. «The essence of a way of life is shown in that at which one is forbidden to laugh, for that is what everyone is expected to look up to; and what one looks up to both literally and figuratively are primarily the gods (cf. III 37-38). Deioces, as the founder of a new way of life, imitates the gods (cf. 65.3). Even the new city he established with its seven concentric walls rising to his palace at the top of a partly natural and partly artificial hill, was modelled on the seven planets (98, 4, 6)», comenta H. BERNADETE, *Herodotean Inquiries*, The Hague 1969, p. 25.

18. Cfr. *supra*, p. 2.

(οὐδὲ ἐξ ἀνδραγαθίην λειπόμενοι). Por eso él siente la necesidad de simular que es diferente. Aquí se pone en evidencia un enfrentamiento entre las apariencias y la libertad de visión: sólo si no le ven (μὴ ὀρῶσι) les parecerá ser efectivamente diferente (ἕτεροῖός σφι δόκεοί εἶναι). De ese elemento ficticio ha de valerse para mantenerse en el poder, que sintomáticamente se expresa esta vez con el término τυραννίδι.

Esta es la paradoja de su persona: Deyoces ha medrado como garante que era de que los pleitos se resolvieran κατὰ τὸ ἔόν, ateniéndose a la realidad; en cambio en su calidad de rey está cometiendo fraude, pues opta por la apariencia, no por la realidad. Al contrario de lo que hace Heródoto en su actividad de historiador cuando se decide, como veíamos al abordar este estudio, por lo auténtico: τὸν ἔοντα λέγειν λόγον (I 95).

Hemos de notar también la relevancia de la noción de κόσμος en esta parte del relato. Heródoto introduce el término después de haber descrito Ec-batana de una manera tal que si a algo remite es a la idea de orden, por la gradación (ὕψηλότερος), el cómputo (ἑπτὰ), la polaridad (τελευταῖω / μέγιστον), la enumeración (πρώτος, δεύτερος, etc.), los subconjuntos (πάντων τῶν κύκλων / οἱ τελευταῖοι), la totalidad (τῶν συναπάντων).¹⁹ Estamos asistiendo a la fundación de una ciudad: la construcción de los recintos ha implicado distribución de espacios y diferenciación de categorías; sobre esas bases, el rey mismo ajusta un orden moral que informa los movimientos que se pueden realizar en ese espacio compartimentado y entre esas categorías. El κόσμος se constituye en función específica del rey: él lo inaugura (πρώτος ἐστι ὁ καταστησάμενος), él lo ejerce (διεκόσμησε), él lo despliega por el país entero (τάδε δὲ ἄλλα ἐκεκοσμέατό οἱ).

Este κόσμος, asimismo, se representa solidario de la δίκη que le había merecido el título de rey: garante riguroso de la justicia, ahora la ejerce en este nuevo medio de una forma nueva: los casos le llegan por escrito, juzga y los remite. El movimiento es de ida y vuelta: de fuera-adentro, ἔσω (...) ἐσπέμπεσκον, y de dentro-afuera: ἐκπέμπεσκε, reiteradamente. Y así como los de «fuera» que tienen interés en poder acceder al rey lo hacen por escrito (I 100) y mediante mensajeros (I 99), también él ha de procurarse el acceso al exterior, para lo que cuenta con espías especializados: κατάσκοποι, κατήκοι.

Tanto el instrumento de comunicación que es la escritura, como estos individuos al acecho funcionan como prolongaciones de unas personas confinadas a unos espacios delimitados. El montaje —si se me permite— nada tiene que ver con aquella espontaneidad y aquel contento con que se encaminaban las gentes hacia Deyoces al principio de su «carrera»: ἄσμενοι ἐφοίτων παρὰ τὸν Δηϊόκεα (I 96).

19. Recordemos el carácter sagrado del siete en el mundo iranio, y que el *Avesta* reconoce siete partes del mundo; hemos visto cómo en el pensamiento griego se forman cuadros parecidos.

4. *Y en fin*

En todo caso, el rey mantiene su interés por la justicia, su rigor (*χαλεπός*) y su integridad al respecto (*κατ'ἀξίην ἐκάστου ἀδικήματος ἐδίκαιεν* I 100) como hiciera desde un principio. Pero ahora el ámbito de su ejercicio es el país entero. Esta idea es la que pone prácticamente punto final a la historia: Deyoces gobierna la totalidad del país, el país como totalidad. De esta manera, la singularidad que es primero distintivo del personaje y luego de la ciudad, se proyecta por fin en el pueblo de los medos como tal. Este hecho se constata de forma conclusiva en sus dos facetas: como logro objetivo notable:²⁰

Δηϊόκης μὲν νῦν τὸ Μηδικὸν ἔθνος συνέστρεψε μόνον (I 101)
y como logro personal (que lo que quería Deyoces era mandar):
καὶ τοῦτου ἤρξε (I 101).

Se ha incorporado expresamente el aspecto racial al decirse τὸ Μηδικὸν ἔθνος, y procede Herótodo a dar cuenta de los pueblos que lo integran, seis, que sumados a la figura del rey volverían a dar la cifra: siete. Con una «Ringkomposition» impecable acaba la historia de Deyoces:

ἔστι δὲ Μήδων τοσάδε γένεα. Βοῦσαι, Παρητακηνοί, Στρούχατες, Ἄριζαντοί, Βοῦδιοι, Μάγοι. γένεα μὲν δὴ Μήδων ἔστι τοσάδε.

Pues en adelante, protagonista es su hijo Fraortes, y ya sólo resta evocar el fin y la duración del reinado del fundador del imperio medo:²¹

τελευτήσαντος Δηϊόκεω, βασιλεύσαντος τρία καὶ πενήκοντα ἔτεα (I 102).

Es importante reconsiderar a la luz de este desenlace lo dicho a propósito de la «vuelta a la tiranía» en un principio. Ciertamente, como entonces señalábamos, Herótodo percibe una repetición: había sometimiento respecto a los asirios, lo hay también respecto a Deyoces. Pero aquella dominación se presentaba simplemente en términos de una esclavitud que se rechaza (*ἀπωσάμενοι τὴν δουλοσύνην*); en cambio en ésta hay que tener en cuenta la iniciativa de los propios medos, y la condición de la propia raza:

φέρει, στήσομεν ἡμέων αὐτῶν βασιλέα (I 97).

Por otra parte, hay que seguir la relación entre *ἀρχή* y νόμος: al liberarse del *ἀρχή* de los asirios, los medos consiguen ser *αὐτονόμων* (I 96); pero esta autonomía deriva en un estado de anarquía que se incrementa (*ἀνομίης ἔτι πολλῷ μάλλον* I 97). Por eso los medos se interesan por reconstruir esta

20. Destacado por H. WOOD: «The second and more significant moment of Median *ἀρχή* was the institution of the royal constitution by Deioeces, upon which followed the policy of conquest and expansion pursued by his heirs: upon this basis was built Cyrus conquest of all Asia.» p. 37 (...) «it is precisely Deioeces right distribution of justice and then his institution of law and finally the constitution of state which give its strength in a political band (cf. Lev. I 10), just as the synoecism of Athens, according to Thucydides (II 15, 2), was a cause of Athenian power, being an expression of constitutional reform», *op. cit.*, p. 38.

21. Práctica usual; consecuentemente, las expresiones presentan cierta formularidad con predominio de esta construcción de genitivo absoluto: ...*βασιλεύσαντος / ἄρξαντος (ἐπὶ) ἔτεα* ...

libertad hacia una εὐνομία, y consideran urgente deshacerse de la ἀνομία:

ἀρχή asirio			
δουλοσύνη	→	αὐτονομία	→
			→
		ἀνομία	→
			εὐνομία
-		+	
			ἀρχή Deyoces
			+

De todos modos, queda latente la posibilidad de un vuelco, como el que acabó con los asirios: aquél lo realizaron unos hombres de pro (ἄνδρες ἀγαθοί I 95); los que podrían realizar éste no lo son menos: οὐδὲ ἐξ ἀνδραγαθῆν λιπόμενοι (I 99).

El caso es que la figura de Deyoces, tan ambigua como se ha demostrado, ofrece esta contrapartida claramente positiva de justicia, orden y unidad. Su mandato conforma el imperio de los medos, que inicia su crecimiento. Se trata de un poder constituido, ἀρχή, comparable al de los asirios, que en lo sucesivo se transmitirán unos monarcas cada vez más capaces. Pero llegará un momento en que también este imperio será puesto en cuestión, y entonces serán los persas –Ciro al frente– los dispuestos a liberarse de la dominación meda:

Πέρσαι μὲν νῦν προστάτεω ἐπλαβόμενοι ἄσμενοι ἐλευθεροῦντο, καὶ πάλαι δεινὸν ποιούμενοι ἀπὸ Μήδων ἄρχεσθαι (I 127).

Y hasta aquí fue la historia de Deyoces y su ciudad de Ecbatana, quién sabe si hermana mayor de aquellas «invisible» de Calvino...²²

22. I. CALVINO, *Le città invisibile*, 1972.